

341.16:001

REDACTED
REDACTED
REDACTED

LA CUESTION RACIAL

Apenas hay necesidad de subrayar la importancia que el problema de la raza ha adquirido en el mundo moderno. La humanidad no olvidará en largo tiempo las injusticias y los crímenes que tan trágica resonancia dieron a la palabra « raza ». Tanto el fin que persigue como su propia estructura destinaban a la Unesco a tomar posición en un debate que afecta directamente a la vida de millones de seres humanos, que es causa de innumerables conflictos y que tiene también su origen « en la mente de los hombres »... El preámbulo del Acta constitutiva de la Unesco, promulgada en 1945, incluye al racismo entre las plagas sociales que la nueva institución tiene el deber de combatir. Dicha carta declara, en efecto, que « la grande y terrible guerra que acaba de concluir fué posible por la negación de los principios democráticos de la dignidad, de la igualdad y del respeto del hombre, y por la voluntad de sustituir tales principios, explotando los prejuicios y la ignorancia, como el dogma de la *desigualdad* de los hombres y de las razas ».

La acción positiva que la Unesco se dispone a emprender para luchar contra el prejuicio racial fué provocada por una resolución del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas. Este, en el curso de su sexta reunión, en 1948, se dirigió a la Unesco para pedirle que examinase la oportunidad « de proponer y recomendar la adopción general de un programa de difusión de hechos científicos destinados a hacer desaparecer lo que se ha convenido en llamar los prejuicios de raza ».

Como consecuencia de ese llamamiento, la Conferencia General de la Unesco adoptó, en 1949, tres resoluciones que preveían la busca y difusión de los « datos científicos referentes a las cuestiones de raza » y, por último, « la preparación de una campaña de educación fundada en esos datos ».

La confusión que reina a propósito de la noción de raza

es tal, que no puede concebirse campaña alguna contra los prejuicios que de ella se derivan sin una definición del término, susceptible de recibir la aprobación de los diferentes medios científicos, y sin una puntualización del actual estado de la cuestión racial. Con este objeto se reunió una comisión en la Casa de la Unesco, en diciembre de 1949. La comisión se componía de antropólogos y sociólogos pertenecientes a diversos países. Tras largos debates, los expertos redactaron la declaración cuyo texto se leerá más adelante. Cada término de la misma fué cuidadosamente pesado, sin olvidar nada para ofrecer al público, « de manera sencilla y clara », las conclusiones a que ha llegado la ciencia en lo que a la raza se refiere.

Una vez establecido en su forma final, se sometió ese documento a la consideración de numerosos sabios de diferentes países, que lo examinaron detalladamente y, en más de un caso, sugirieron añadidos y enmiendas. La competencia y la objetividad de los que estamparon su firma al pie de esa declaración están fuera de toda duda.

Al organizar la reunión de expertos de la que debía salir esta importante declaración sobre el problema de la raza, la Unesco recogía, a quince años de distancia, un proyecto que el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual hubiera deseado realizar, pero que hubo de abandonar para ajustarse a la política de aquietamiento que caracterizó al período anterior a la guerra. Masaryk y Benés habían tomado la iniciativa de una conferencia destinada a restablecer ante la conciencia mundial la verdad sobre la cuestión racial, que se había convertido en uno de los pivotes de la ideología y de la política nazi. Los hombres de ciencia deseaban unánimemente que se les deparase ocasión de denunciar ante la opinión internacional lo absurdo del dogma racista. No se les dió esa satisfacción. La propaganda nazi pudo hacer estragos sin que ningún organismo internacional viniera a oponerse a ello.

El conocimiento de la verdad no siempre contribuye a modificar una actitud emotiva que toma su fuerza de las profundidades del subconsciente o de factores ajenos a la realidad de los hechos, pero que tiene la ventaja de impedir la justificación racional de actos o de comportamientos reprehensibles inspirados por sentimientos poco confesables. La Unesco posee la voluntad y los medios precisos para hacer accesibles a todos los resultados a que ha llegado la ciencia, si esos resultados pueden ayudar a atenuar los odios que separan a los grupos humanos. Esto lo logrará tanto mejor cuanto que tendrá la preocupación de presentar los hechos en toda su

complejidad, sin tratar de disimular nuestras ignorancias, nuestras dudas.

El problema de la raza se planteó a la ciencia a comienzos del siglo XIX, en el momento en que se constituían los grandes sistemas evolucionistas. Por desgracia, ese problema se deslizó rápidamente del terreno puramente científico hacia el de la política, hasta el punto de que las discusiones por él suscitadas raras veces se mantuvieron ajenas a las pasiones y a los prejuicios del momento.

La psicología, la biología y la antropología cultural, que alcanzaron notable desarrollo en el curso de los últimos cincuenta años, permitieron llevar a cabo vastas encuestas e investigaciones experimentales, cuyos resultados se hallan consignados en términos generales en la declaración que a continuación publicamos. No olvidemos, sin embargo, que cada día se aplican técnicas y métodos nuevos para verificar los datos obtenidos. A la hora actual, es imposible demostrar que existan entre las « razas », desde el punto de vista de la inteligencia y del temperamento, otras diferencias que las que resultan del medio cultural. Si mañana surgiesen *tests* más perfeccionados, estudios más comprensivos que vinieran a demostrar que las « razas » se distinguen por facultades o por disposiciones innatas, esto no modificaría en nada la posición moral de la Unesco. El racismo es una expresión particularmente virulenta y mezquina del espíritu de casta. Se caracteriza por la creencia en la superioridad innata y absoluta de un grupo humano, arbitrariamente definido, en relación con otros grupos no menos arbitrariamente constituídos. Lejos de basarse en hechos científicos, constituye generalmente un reto al método científico. En tanto que ideología y sentimiento, el racismo es agresivo por naturaleza. Lesiona los valores morales esenciales, lisonjeando la proclividad al dominio y exaltando el desprecio al hombre. El cuidado de la dignidad humana quiere que todos los ciudadanos sean iguales ante la ley y gocen por igual de los beneficios que esa ley les garantiza, sean las que fueren sus diferencias físicas o intelectuales. La ley no sabe ver en ninguno de ellos sino un ser humano que tiene derecho a las mismas consideraciones y a igual respeto. Lo mismo debe ser, ante la conciencia universal, para todos los pueblos de la tierra. Poco importa, entonces, que la diversidad de sus dones se deba a causas biológicas o culturales.

El problema de la raza, tal como se presenta en la época actual, sólo puede resolverse por la acción conjunta de diferentes disciplinas científicas, puesto que se sitúa a la vez en los planos biológico, social y moral. Por medio de folletos

cuya redacción se confiará a especialistas eminentes, la Unesco se esforzará por dar a conocer a un vasto público los resultados obtenidos en esos diversos dominios.

Se han emprendido multitud de investigaciones sobre los conflictos interraciales y sobre los elementos de toda índole que los desencadenan. Ha llegado el momento de que apliquemos nuestra atención a las sociedades que han acertado en amplia medida a resolver esos antagonismos haciendo caso omiso de las diferencias raciales. Animada de ese espíritu, la Conferencia General reunida en Florencia recomendó para 1951 el estudio de las relaciones raciales en el Brasil. Esta gran república, cuya civilización ha recibido la aportación directa de varias razas diferentes, sufre menos que otras el efecto de prejuicios que, en países de composición étnica análoga, son fuentes de tantas medidas vejatorias y crueles. Estamos mal informados aún acerca de los factores que determinaron una situación tan favorable y, en no pocos respectos, ejemplar. En el estado actual de las ciencias sociales, las especulaciones de carácter general son insuficientes. Es preciso que los mecanismos sociales, psicológicos y económicos que, en diversos grados, contribuyeron a hacer posible esa armonía, sean analizados en el curso de minuciosas encuestas llevadas a cabo sobre el terreno por especialistas. Los resultados de esas encuestas serán objeto de publicaciones que estimularán a los que luchan por introducir en otros países relaciones interraciales más apacibles y felices.

Por grande que sea el esfuerzo desplegado en ese dominio por la Unesco, no podría ésta acabar por sí sola con el más tenaz y difundido de todos los prejuicios humanos, si no contara con el apoyo de los grupos y de las organizaciones que en numerosos países se han constituido para combatirlo. A todos aquellos a quienes subleva la idea de que millones de seres humanos estén condenados, por el mero hecho de su nacimiento, a la humillación y a la miseria, la Unesco aporta su concurso y la esperanza de que la lucha contra los males del racismo llegará a ser empresa común de los pueblos todos de la tierra.

TEXTO DE LA DECLARACION PUBLICADA EL 18 DE JULIO 1950

1. Los hombres de ciencia están de acuerdo en reconocer que la humanidad es una y que todos los hombres pertenecen a la misma especie, la del *Homo sapiens*. Admiten, además —salvo escasas excepciones—, que todos los hombres descienden de un mismo tronco común, y que las diferencias existentes entre los diversos grupos humanos se deben a la acción de los factores evolutivos de diferenciación, tales como la modificación en la situación respectiva y la fijación accidental de las partículas materiales que determinan la herencia (genes), los cambios estructurales de esas mismas partículas, las mutaciones, la hibridación y la selección natural. Así han ido formándose grupos, más o menos estables y diversos, que han sido clasificados de diferentes maneras y con distintos propósitos.

2. Desde el punto de vista biológico, la especie *Homo sapiens* se compone de un número determinado de grupos, cada uno de los cuales difiere de los demás por una frecuencia diferente en la distribución de los genes. Pero los genes que determinan las diferencias hereditarias entre los hombres son muy pocos si se considera la totalidad de la constitución genética del hombre y la gran cantidad de genes común a todos los seres humanos, sin distinción de raza. De lo anterior se infiere que las semejanzas entre los hombres son mayores que sus diferencias.

3. Desde el punto de vista biológico, puede definirse una raza como uno de los grupos de pueblos que constituyen la especie del *Homo sapiens*. Esos pueblos pueden convivir y mezclarse entre sí; mas, en virtud de las barreras que los aislaron en el pasado —de manera más o menos efectiva—, presentan en la actualidad ciertas diferencias físicas, cuyo origen hemos de buscar en las peculiaridades de su historia biológica. Representan lo que podría llamarse «variaciones sobre un mismo tema».

4. En resumen, la palabra «raza» designa algunas concentraciones en las cuales la frecuencia y distribución de los genes o características físicas aparecen, fluctúan y en algunos casos llegan a desaparecer en el curso del tiempo, en virtud, ya sea del aislamiento geográfico, ya del cultural, ya de ambos

a la vez. Las diversas manifestaciones variables de estos caracteres son percibidas de modo diferente por cada grupo. Como nuestras observaciones son, en gran parte, afectadas por nuestros prejuicios, cada grupo tiende a interpretar arbitraria e inexactamente la variabilidad que se manifiesta en un grupo determinado, considerándola como una diferencia fundamental que separa a ese grupo de los demás.

5. Estos son los datos científicos. Pero, por desgracia, cuando la mayor parte de la gente emplea el término «raza», no lo hace en el sentido anteriormente definido. Para la mayoría de las personas, una raza es un grupo humano al que se complace en definir como tal de una manera arbitraria. El abuso del término ha hecho que ciertos grupos nacionales, religiosos, geográficos, lingüísticos o culturales sean considerados como razas, cuando en la realidad los norteamericanos, por ejemplo, no son una raza, como no lo son los ingleses o los franceses o cualquier otro grupo nacional. Los católicos, los protestantes, los mahometanos y los judíos tampoco son razas, ni pueden ser clasificados los hombres en una u otra raza porque hablen inglés o cualquier otro idioma; los habitantes de Islandia, de Inglaterra o de la India tampoco son razas, ni pueden ser descritos como razas los pueblos que, desde el punto de vista de su cultura, son turcos o chinos.

6. Los grupos nacionales, religiosos, geográficos, lingüísticos y culturales no coinciden necesariamente con los grupos raciales; y los rasgos culturales de dichos grupos no tienen ninguna relación genética con las características raciales que pueden ser demostradas. Como se cometen ordinariamente graves errores de este género al emplear en el lenguaje corriente el término «raza», sería conveniente renunciar a su empleo de manera definitiva cuando se habla de las razas humanas, y adoptar la expresión *grupos étnicos*.

7. ¿Cuál es la opinión de los hombres de ciencia sobre los grupos humanos que actualmente pueden ser distinguidos como grupos étnicos? Las razas humanas pueden ser y han sido clasificadas de diversos modos por los antropólogos, pero hoy la mayoría de éstos se muestra de acuerdo en clasificar a la casi totalidad de la humanidad actual en tres grupos principales, a saber :

- el grupo mongoloide,
- el grupo negroide,
- el grupo caucasoide.

Ahora bien, los procesos biológicos que en la clasificación pueden parecer estáticos son, en realidad, dinámicos. Estas divisiones no fueron las mismas en el pasado y, evidentemente, no serán las mismas en el futuro.

8. Bajo las grandes divisiones que hemos especificado se han descrito a menudo diversos grupos o subgrupos étnicos, pero hasta la fecha los antropólogos no han podido ponerse de acuerdo sobre su número. Por otra parte, la mayoría de ellos no han sido todavía estudiados ni descritos.

9. Sea cual fuere la clasificación que el antropólogo hace del hombre, jamás incluye en su clasificación las características mentales. En la actualidad se ha reconocido el hecho de que los *tests* de inteligencia no nos permiten diferenciar con certeza lo que se debe a la capacidad innata de lo que procede de las influencias del medio y de la educación, en el sentido más amplio de la palabra. Allí donde ha sido posible eliminar las diferencias existentes, en razón de las diferentes condiciones de vida, los *tests* han demostrado la semejanza esencial que hay, desde el punto de vista psíquico e intelectual, entre los diferentes grupos humanos. En otros términos : cuando los miembros de los distintos grupos humanos disponen, en el terreno cultural, de las mismas facilidades para hacer valer sus aptitudes, logran, por término medio, resultados parecidos. Las investigaciones científicas de estos últimos años confirman las palabras de Confucio (551-478 a. de J.C.) : «La naturaleza de los hombres es siempre igual; son sus costumbres las que los separan».

10. Los datos científicos con que contamos en el momento presente no justifican la teoría según la cual las diferencias genéticas hereditarias serían un factor primordial en la aparición de las diferencias que se manifiestan entre las culturas. Por el contrario, esas diferencias se explican por la historia cultural de cada grupo. Los factores que tuvieron influencia preponderante en el desarrollo intelectual del hombre fueron su facultad de aprender y su plasticidad. Ahora bien, esa doble aptitud constituye un rasgo común a todos los seres humanos. Constituye, de hecho, una característica específica del *Homo sapiens*.

11. En lo que respecta al temperamento del hombre, debe decirse que nunca se ha podido probar de manera decisiva la existencia de diferencias innatas entre los grupos humanos.

Es indudable, por el contrario, que, sea cual fuere la naturaleza de las diferencias innatas que puedan existir entre los grupos, esas diferencias quedan en gran parte neutralizadas por las que hay entre los individuos y por las que provienen del medio ambiente.

12. En lo que respecta a la personalidad y al carácter, cabe decir que ambos elementos no dependen en modo alguno de la raza. En todos los grupos humanos se descubren tipos muy variados de personalidades y de caracteres, y nada hace pensar que un grupo humano se halle más favorecido que otro en este respecto.

13. Todos los datos que se han podido obtener demuestran que desde los tiempos más remotos no han dejado de producirse mezclas de razas. En realidad, uno de los procesos principales por el que éstas se forman, se extinguen o son absorbidas, es justamente la hibridación constante entre las «razas» o grupos étnicos. Por otra parte, nunca se ha demostrado que las mezclas de razas tengan efectos biológicos desfavorables. Las teorías que afirman que entre los mestizos hay caracteres físicos y mentales indeseables (desequilibrio físico y degeneración mental) no están corroborados por los hechos. No hay, por lo tanto, una justificación biológica para la prohibición de matrimonios entre los individuos que pertenecen a grupos raciales diferentes.

14. Es necesario establecer una distinción entre la raza como hecho biológico y la raza como mito. A decir verdad, la raza es más un mito social que un fenómeno biológico, y un mito responsable de grandes daños en el terreno humano y social. No hace mucho que este mito ha percibido un tributo muy elevado en vidas humanas y ha sido responsable de innumerables padecimientos. Impide el desarrollo normal de millones de seres humanos y priva a la civilización de la cooperación eficaz de las mentes creadoras. Nadie puede prevalerse de las diferencias biológicas entre grupos étnicos para justificar el ostracismo y tomar medidas de orden colectivo. Lo esencial es la unidad de la humanidad, tanto desde el punto de vista social como desde el biológico. Reconocer este hecho y regir en consecuencia la propia conducta es el deber principal del hombre moderno. Con ello no se hará sino reconocer lo que un gran biólogo escribía ya en 1875: «A medida que el hombre alcance un estado superior de civilización y que las pequeñas tribus se asocien en colectividades mayores, bastará

la razón para que cada individuo comprenda cómo sus instintos sociales y su buena voluntad deben extenderse a todos los miembros de la nación, aun a los desconocidos. Una vez logrado este objetivo, sólo una barrera artificial podrá impedir que sus simpatías se extiendan a todas las naciones y a todas las razas. » Las palabras anteriores se encuentran en *El origen del hombre* de Charles Darwin (2.ª ed., 1875, pp. 187-188). Indudablemente, la historia entera de la humanidad prueba que el instinto de cooperación no es sólo una tendencia natural del hombre, sino que está más arraigado en él que cualquier tendencia egocéntrica. Si no fuera así, no asistiríamos al crecimiento, a la extensión y a la organización de sus comunidades, hechos que aparecen constantemente a través de los siglos.

15. Debemos ahora considerar en qué medida las afirmaciones expuestas influyen en el problema de la igualdad humana. Pero antes es necesario afirmar, del modo más categórico, que la igualdad, en tanto que principio moral, no se funda en la tesis de que todos los seres humanos están igualmente dotados.

En efecto, es indudable que dentro de todo grupo étnico existen ciertos individuos mejor dotados que otros. Pero las características que hacen diferir a unos grupos de otros se exageran a menudo, recurriéndose a ellas para poner en duda la validez de la igualdad en el sentido étnico. En vista de lo cual hemos considerado conveniente exponer aquí, de manera formal, lo que hasta la fecha ha quedado científicamente establecido sobre el problema de la diferenciación entre los individuos y entre los grupos humanos :

I. Los únicos rasgos a que pueden recurrir los antropólogos, como base para sus clasificaciones raciales, son meramente físicos y fisiológicos.

II. En el estado actual de nuestros conocimientos no hay nada que aporte una prueba concluyente de que los grupos humanos difieren entre sí por sus caracteres mentales innatos, tratése de la inteligencia o del temperamento. La ciencia demuestra que el nivel de las aptitudes mentales es casi igual en todos los grupos étnicos.

III. Las estudios históricos y sociológicos corroboran la opinión según la cual las diferencias genéticas no tienen ninguna importancia en la determinación de las diferencias sociales y culturales que existen entre los diferentes grupos del *Homo sapiens*. Los cambios sociales y culturales de los

distintos grupos del *Homo sapiens* han surgido, en su conjunto, independientemente de las modificaciones experimentadas por su constitución hereditaria.

IV. Así, nada prueba que el mestizaje produzca malos resultados en el terreno biológico. Y en el terreno social, los resultados, buenos o malos, se deben, lógicamente, a factores de orden social.

V. Todo individuo normal es capaz de participar en la vida social, de entender lo que son los servicios mutuos, la reciprocidad, y de respetar sus obligaciones y compromisos. Las diferencias biológicas que existen entre los miembros de los diversos grupos étnicos no tienen relación alguna con los problemas que conciernen a la organización política y social, a la vida moral o a la comprensión entre los hombres.

Por último, cabe decir que los estudios biológicos corroboran la ética de la fraternidad humana. El hombre es un ser social y no puede lograr el desarrollo pleno de su personalidad sino por medio del contacto y del trato con sus semejantes. El solo hecho de no reconocer la existencia de este vínculo social, común a los hombres, constituye un factor de desintegración. Por ello hay que decir que todo hombre es el guardián de su hermano, porque cada ser humano no es sino parte de una humanidad a la que se encuentra indisolublemente ligado.

Declaración redactada en la Casa de la Unesco, París, por los siguientes expertos :

Profesor Ashley Montagu, *Estados Unidos* (Relator).

Profesor Ernest Beaglehole, *Nueva Zelanda*.

Profesor Juan Comas, *México*.

Profesor L.A. Costa Pinto, *Brasil*.

Profesor Franklin Frazier, *Estados Unidos*.

Profesor Morris Ginsberg, *Reino Unido*.

Dr. Humayun Kabir, *India*.

Profesor Claude Lévi-Strauss, *Francia*.

Texto revisado por el profesor Montagu, previa consulta con las autoridades siguientes : Sres. Hadley Cantril, E.G. Conklin, Gunnar Dahlberg, Theodosius Dobzhansky, L.C. Dunn, Donald Hager, Julian Huxley, Otto Klineberg, Wilbert Moore, H.J. Muller, Gunnar Myrdal, Joseph Needham, Curt Stern.